

(Estoy sentada sobre esa silla) (Frente a mí está la mesa) —

(,) () (...)

“ “ ? ’

?

(Estábamos aprendiendo a escribir)

(Letra por letra)

(Cojo mi lápiz No.2) —

(Rindiéndome, paso unas páginas más adelante)

(,) “ “ () ’

(;) (;)

(...) _____ (llego a la letra M)

(;) () ’

(Dos montañas) (Un bigote) (Las orejas de un conejo)

(,) (;) “ “ ’

(Siempre un orden)

(la B va después de la A) —

(la C después de la B)

() () ? () (;)

“ ... “ (H) (;)

(;) (,) (;) (;)

(Parece una gran puerta)

(;)

“ “ “ “

(Y además es casi invisible)

? “ ... “ (

(no la oigo) (¿Qué se hizo la H?)

(No lo oigo) (La veo pero no la oigo)

“ “ “ ...

— ? (...)

(pero no puedo tocar esa imagen) (La siento) (la recuerdo)

() _____

(Ya no está)

Estoy sentada sobre esa silla que no deja apoyar mis pies sobre el piso, quedan colgando esos pequeños piececitos con zapatos desamarrados, previstos para una caía más tarde. Frente a mí está la mesa de madera que comparto con alguien más, y tengo a la mano mi libro *La Plume Magique*. Todos debemos seguir las instrucciones de ese libro. Seguir los patrones de las imágenes, seguir las líneas de cada figura para crear una letra. Estábamos aprendiendo a escribir. Letra por letra. A seguir un canon de escritura, a seguir el rumbo de una línea. Cojo mi lápiz No.2 con fuerza empiezo lentamente a seguir el punto inicial hasta el punto final de la letra J. Es una letra curiosa, tiene un techo y luego baja y vuelve a subir dando un giro de derecha a izquierda. Se siente bien. Se siente bien saber cómo se escribe la letra J y las características que ésta tiene. Intento hacerla de nuevo y ahora no queda tan recta, y en la siguiente la curva falla, ya la tercera parece un mamarracho. Rindiéndome, paso unas páginas más adelante y llego a la letra M. Debe ser más sencilla. Dos montañas. Un bigote. Las orejas de un conejo. Sin salirme de las líneas horizontales que marcan un puntaje de la letra, empiezo a dibujar esas montañas que dicen ser la letra M. Es más sencillo que la letra J, pienso. No me tengo que preocupar por el giro inferior ni el regreso a un punto medio. “¡Camila, no puedes hacer la página de la letra M sin terminar la letra J!”. Siempre un orden, que la B va después de la A, que la C después de la B y así. Todo debe tener un orden. Y eso que tampoco he terminando la letra H, pero que no se entere la

profesora. La letra H, mi favorita de este libro. Parece una gran puerta. Y además es casi invisible. Cuando la escribo la veo clarísimo, esas dos rejas que parece como si estuviera encerrada por dos grandes torres. Fuerte, imponente letra H, pero cuando la ubico en una palabra, no la oigo. ¿Hogar? ¿Qué se hizo la H? No lo oigo. La veo pero no la oigo. La veo aquí en mi papel, la he escrito cinco veces seguidas pero la hablo y no está. Ahora que lo pienso, la H es como esos recuerdos que tengo adentro, cierro los ojos y me imagino el camino del comedor de Subachoque, ahora abro los ojos y le digo a mi compañero de al lado de la mesa: ¿Sabías que el piso de la casa de mis abuelos hace ruidos raros? Y ahora, dónde está esa imagen, ya no la veo más, solo mientras la hablo y la repito, como estas H que no termino de completar en la hoja, pero no puedo tocar esa imagen. La siento, la recuerdo, pero desaparece. Ya no está. “¡Camila! Deja de mirar por la ventana y ponte a trabajar” Estas letras me dejan pensando muchas cosas. Son intrigantes, pequeñas figuras. Finalmente mi libro queda lleno de mamarachos, intentando seguir una línea, mis letras no quedaban como las que proponía el libro. Pero eran líneas que se divertían con sus propias formas. Con tensiones, con fracturas, unas más delgadas que las otras. Pero finalmente así son las letras. Cogen su rumbo para crear palabras. Son pequeñas imágenes que se van juntando una con otra, se vuelven compañeras para decirme algo. Aunque mi J no sea tan firme como la del libro por lo menos tiene su carácter, me sigue diciendo cosas por más

apachurrada que esté. Y eso me encanta. Pequeños hom-
brecitos de diferentes formas que se hacen llamar letras.
Dibujos infinitos.

Desde que lo recuerdo, las letras siempre me han lla-
mado la atención. En el colegio intentaba tener la me-
jor caligrafía de todos. Sobre todo porque en la clase de
español había un concurso en el que escribiera mejor el
texto, ganaba una pluma para escribir. Intentaba e intent-
aba, y tristemente fui de las últimas en ganar esa pluma.
A fin de cuentas mi caligrafía no era tan perfecta como
esperaba. Me dedicaba a hacer unos buenos títulos en el
cuaderno y a escribir frases en el cartón de mi pupitre,
el que nos entregaban para que cada uno le dibujara lo
que quisiera. En cartas a mis amigas también me tomaba
el tiempo de hacer unas letras con un buen diseño. Pero
lo que más me gustaba era las imágenes que veía en las
calles. Esas letras que se convertían en imágenes. Letras
grandes, pequeñas, gigantes, diminutas; frases con pun-
tajes diferentes. ¿Serán 12, 25, 32, 50.4? Seguro no hay
un puntaje exacto ni parejo en cada letra. Y en cuanto a
estilo, se intentaría deducir que es una Helvética, Arial,
o una Ahellya. Pero se podría decir más bien, que es una
tipografía propia. Única. Una tipografía que no se podrá
reproducir de la misma manera en otra superficie. Estas
letras que tienen como función ser comunicativas frente a
los ojos de los personajes que transitan las calles, se con-
vierten también en pequeñas obras tipográficas, pequeños

afiches de diseño, o si quiere, obras de arte urbano o de museo.

Los dueños de los parqueaderos, restaurantes, talleres y demás establecimientos buscan la manera de llamar la atención del transeúnte o viajero de carretera para así atraerlos a que usen sus servicios. Para lograr esa atracción visual, trabajan con letreros o murales donde escriben el nombre del lugar, el servicio, los teléfonos, etc. En estos espacios insertan frases o palabras escritas a mano. Brochas y pinceles que juegan con las formas de las letras, las direcciones, los tamaños, los colores y la ortografía. Las letras desafían el espacio, e intentan a su vez ajustarse a él. A veces no se tiene en cuenta la dimensión de la superficie a trabajar, y las palabras fraccionadas en diferentes tiempos completan los vacíos de la tabla de madera o la lata exhibida al público. Algunas ilustraciones acompañan los textos para tener aún más claridad del mensaje que se quiere entregar. Los colores son básicos, de fácil acceso, visibilidad y lectura. Es interesante ver esos letreros, que ahora están casi extintos en la ciudad y las carreteras, remplazados por horribles anuncios publicitarios que contienen el nombre del lugar designado, con tipografías simples, de fácil lectura. Los letreros escritos a mano tienen un valor visual enriquecedor. Se transforman en pequeños afiches tipográficos donde las letras tienen un carácter más fuerte y único. Se asemejan a los carteles tipográficos del Dadaísmo, del Futurismo o de la Bauhaus, en cuanto a la experimentación por el valor

tipográfico para crear obras a partir de las letras. Rompiendo con la estructura formal de las cajas de texto, el orden, la simetría. La tipografía globalmente, ha variado de manera considerable desde que empezó a funcionar como medio comunicativo. Ya sea por mayor legibilidad, mayor asequibilidad de las fuentes, para optimizar espacio en el papel, etc. En el contexto cultural de Occidente, se consideraba que las letras debían tener ciertos patrones para que una lectura prolongada fuera clara. Se esperaba que cada tipografía fuera capaz de establecer unas características básicas para que funcionaran en armonía en un solo estilo (astas, barras, panzas, arcos, y remates). La creación de la imprenta otorgó nuevas ventajas de creación de diferentes tipografías. Pasando de la pluma y el pergamino, los grabadores encontraron diferentes maneras de construir letras al sustraer el material en el diseño de tipos, aprovechando además la posibilidad de repetición. Años más adelante, las tipografías se fueron adaptando a estilos cotidianos o artísticos que invadían las épocas. Iban de la mano con las modas implementadas. Y es importante resaltar cómo toda la transformación de estas letras ha logrado evocar una originalidad y un aspecto llamativo al volverse una imagen. Rompiendo parámetros, ordenes, para una lectura tradicional, en grandes letras que desafían la compostura.

Con tantas ganas de hacer valer la letra como una imagen y relacionarla con la nostalgia, comencé por lo básico, de sacar del sistema lo más evidente. Trabajar la es-

critura sobre diferentes soportes: papel bond, papel kraft, papel pergamino bolsas de papel, cartón, vidrio, entre otros; y para la tinta: agua, esfero, lápiz, acuarela, pegante y silicona. Este proceso se dio con el fin de encontrar maneras en que la escritura hablara de una nostalgia; cómo los materiales y las letras transmiten ese sentimiento. Meses y años atrás estuve experimentando el texto en diferentes materiales, uno de ellos fue la gelatina. Trabajé el texto inmerso en la gelatina que con el paso del tiempo se iba transformando y por ende, el texto. Fue un acierto para lo que estaba buscando. Encontrar diferentes maneras de trabajar con las letras, de sacarlas del papel y la tinta. Para diferentes proyectos utilicé la palabra para ir descubriendo. En trabajos como en dibujo, fotografía, ilustración, entre otros. Los materiales son enriquecedores también para demostrar cómo, además de la forma de la letra, puede comunicar mensajes.

Luego, queriendo adentrarme en la palabra. Empecé a hacer una búsqueda de la etimología de unas palabras que me condujeron a un largo camino que se iba entrelazando y se iba conectando unas con otras definiciones. Empecé por la palabra "Nostalgia" y terminé con la palabra "Caer". El recorrido se topó con palabras como "Retorno", "Repertorio", "Melan", "Atrás", "Suspirar", "Frágil", "Neblina", "Nebulosa", "Astro". Toda esta cadena funcionaba buscando la etimología y la definición de la primera palabra, luego sacando una palabra que saliera de esa definición, buscaba su etimología y su definición

y así sucesivamente. Haciendo ese entrelace de palabras, empezaron a existir coincidencias y encuentros fortuitos, por lo cual hice un mapa con todas esas palabras ubicándolas según su cercanía, qué tanto se unían entre ellas. Así se generó una imagen más a partir del lenguaje. Un gran mapa que conectaba palabras. Más adelante siguieron reflexiones sobre qué es la nostalgia, cómo la puedo definir yo, saliendo de los diccionarios convencionales. Cómo la siento yo, cómo la puedo atrapar, cuáles son esos momentos nostálgicos. Y eso me llevó a la conclusión que es un sentimiento que está pero no lo veo. Que está presente pero al mismo tiempo no. Entonces el siguiente paso fue encontrar la manera de escribir haciendo que el texto estuviera pero luego desapareciera. La creación de un “texto invisible”. El experimento fue haciendo variaciones de tintas que tuvieran esa función, de borrarse, o de aparecer mediante otros elementos. En un proyecto anterior me había apropiado de la luz como material de la obra pues quería trabajar con un material que no fuera tan convencional y que lograra partir de una imagen micro a una imagen macro. Trabajando con proyecciones que se apoderaran del espacio mediante un material efímero.

Por consiguiente, quise continuar trabajando con la luz como material porque en ella vi elementos interesantes que aludían a lo que quería representar de la nostalgia. Su intangibilidad, su condición efímera, la posibilidad de generar sombras (reproducciones de su imagen) y cómo

puede llegar a transformarse y ser maleable dentro de un espacio donde permite su proyección. Como el objetivo era trabajar con palabras, me encargue de utilizar la luz como el material de escritura de los mensajes. De esta manera hice varios experimentos con la proyección de la luz transformada en letras. Con acetatos, hojas troqueladas, papeles en relieve y objetos tridimensionales. Observando los resultados de la combinación entre estos materiales, concluí que los troqueles encajaban en los objetivos a tratar. En primer lugar, hacen alusión a ese vacío que se intenta visualizar, ese hueco que permite el paso de la luz para que deje de ser un espacio desocupado a un espacio iluminado. Además la luz alcanza adaptarse a esos troqueles con formas de letras, apropiándose de esas formas. En otros casos el resultado de la proyección sería sólo la sombra de la escritura o la sombra de figuras poco definidas. Claro que estos elementos se podrán ver reflejados dentro de la obra y serán acciones visuales gratificantes, pero no son lo que se esperaba transmitir principalmente. Son elementos enriquecedores que se funden en un segundo plano.

